

SOBRE LA LECTURA

(FRAGMENTOS ESCOGIDOS)*

Marcel Proust

* Marcel Proust. *Sobre la lectura*. Traducción de Manuel Arranz. España, Editorial Pretextos, 1996. Selección de textos del Departamento de Creación Literaria, Universidad Central.

Quizá no hubo días en nuestra infancia más plenamente vividos que aquellos que creímos dejar sin vivirlos, aquellos que pasamos con un libro favorito. Todo lo que, al parecer, los llenaba para los demás, y que rechazábamos como si fuera un vulgar obstáculo ante un placer divino: el juego al que un amigo venía a invitarnos en el pasaje más interesante, la abeja o el rayo de sol molestos que nos forzaban a levantar los ojos de la página o a cambiar de sitio, la merienda que nos habían obligado a llevar y que dejábamos a nuestro lado sobre el banco, sin tocarla siquiera, mientras que por encima de nuestra cabeza, el sol iba perdiendo fuerza en el cielo azul, la cena a la que teníamos que llegar a tiempo y durante la cual no pensábamos más que en subir a terminar, sin perder un minuto, el capítulo interrumpido; todo esto, de lo que la lectura hubiera debido impedirnos percibir otra cosa que su importunidad, dejaba por el contrario en nosotros un recuerdo tan agradable (mucho más precioso para nosotros, que aquello que leíamos entonces con tanta devoción), que, si llegáramos ahora a hojear aquellos libros de antaño, serían para nosotros como los únicos almanaques que hubiéramos conservado de un tiempo pasado, con la esperanza de ver reflejados en sus páginas lugares y estanques que han dejado de existir hace tiempo.

[...].

Una vez leída la última página, el libro estaba acabado. Había que frenar la loca carrera de los ojos y de la voz que los seguía en silencio, deteniéndose únicamente para volver a tomar aliento con un profundo suspiro. Entonces, para conseguir con otros movimientos calmar los tumultos desencadenados en mí desde hacía tanto tiempo, me levantaba, me ponía a andar a lo largo de la cama, con los ojos todavía fijos en algún punto que en vano hubiéramos buscado dentro de la habitación o fuera de ella pues estaba situado a una distancia anímica, una de esas distancias que no se miden por metros o por leguas, como las demás, y que es por otra parte imposible confundir con ellas cuando se mira a los ojos “perdidos” de aquellos que están pensando “en otra cosa”. Entonces, ¿qué es lo que pasaba? Aquel libro, ¿no significaba nada más? Aquellos seres a los que habíamos prestado más atención y ternura que a las personas de carne y hueso, no atreviéndonos nunca a confesar hasta qué pun-

to los amábamos, e incluso cuando nuestros padres nos sorprendían leyendo y parecían reírse de nuestra emoción, cerrando el libro con una indiferencia afectada o un aburrimiento fingido; aquellas personas por las que habíamos temblado de emoción y sollozado, no volveríamos a verlas, no volveríamos a saber ya nada de ellas. El autor, desde hacía ya algunas páginas, en el cruel “Epílogo”, había tomado buen cuidado en “distanciarlas” con una indiferencia inusitada en quien sabía con qué interés se les había seguido paso a paso hasta aquel momento. El empleo de cada hora de su vida nos había sido narrado. Y al final, súbitamente: “Veinte años después de estos acontecimientos podía encontrarse por las calles de Fougères¹ a un anciano todavía erguido, etc.” Y la boda en la que se habían empleado dos volúmenes para darnos a entrever su posibilidad deliciosa, alarmándonos y acto seguido regocijándonos ante cada obstáculo que se interponía en su camino pero que después era salvado, nos enteramos de que había sido celebrada a través de una frase intrascendente de un personaje secundario, sin llegar a saber a ciencia cierta cuándo, en aquel asombroso epílogo escrito al parecer desde las nubes por una persona indiferente a nuestras pasiones anteriores que había suplantado al autor. Nos hubiera gustado tanto que el libro continuara y, en el caso de que esto fuera imposible, saber alguna cosa más de todos aquellos personajes, conocer algo de sus vidas, emplear la nuestra en cosas que no fuesen tan ajenas al amor que nos habían inspirado² y cuyo objeto de pronto nos faltaba, no haber amado

- 1 Confieso que cierto empleo del imperfecto de indicativo —de ese tiempo cruel que nos presenta la vida como algo a la vez efímero y pasivo, que en el instante mismo en que está describiendo nuestras acciones, rodeándonos de ilusión, las hace desaparecer en el pasado sin dejarnos, como el perfecto, el consuelo de su actividad— ha sido siempre para mí una fuente inagotable de misteriosas tristezas. Todavía hoy, puedo haber estado pensando durante horas en la muerte con calma; basta que abra un volumen de los *Lundis* de Sainte-Beuve y tropezar por ejemplo con esta frase de Lamartine (está hablando de Madame de Albany): “Nada *recordaba* en ella esta época... *Era* una mujercita cuya cintura algo difuminada por su peso había perdido, etc.”, para sentirme rápidamente invadido por la más profunda melancolía. —En las novelas, la intención de provocar lástima es tan evidente en el autor, que uno se resiste un poco más.
- 2 Puede intentarse, mediante una especie de rodeo, con los libros que son de imaginación pura y que contienen algún substrato histórico. Balzac, por ejemplo, cuya obra en cierto modo impura es una mezcla de imaginación y de realidad muy poco transformada, se presta a veces particularmente a este género de lectura. O al menos ha encontrado al más admirable de esos “lectores históricos” en el señor Albert Sorel, que ha escrito sobre *Une Ténébreuse Affaire* sobre *L'Envers de l'Histoire Contemporaine* incomparables ensayos. Por lo demás, cuán conveniente parece la lectura, ese goce a la vez apasionado y sereno, al señor Sorel, un espíritu inquisitivo, un cuerpo sosegado y vigoroso, la lectura, sí, durante la cual las mil sensaciones de poesía y de confuso bienestar que favorecen felizmente una buena salud, vienen a producir en torno a la ensoñación del lector el placer dulce y dorado como la miel. —Por lo demás, este arte de encerrar tantas originales y profundas meditaciones en la lectura, el señor Sorel solo ha podido realizarlo a la perfección a propósito de obras que tienen algo de históricas. Siempre recordaré y con cuánto agradecimiento que la traducción de *La Biblia de Amiens* le ha inspirado las páginas más profundas que haya escrito nunca.

en vano, durante una hora, a unos seres que mañana no serían más que un nombre sobre una página olvidada, en un libro sin relación con la vida y sobre cuyo valor nos habíamos equivocado completamente puesto que su función aquí en la tierra, ahora lo comprendíamos y nuestros padres nos lo hubieran hecho saber, si hubiera sido preciso, con una frase desdeñosa, no era en absoluto, como habíamos creído, la de contener el universo y el destino, sino la de ocupar un lugar bastante limitado en la biblioteca del notario, entre los fastos anodinos del *Journal de Modes illustré* y la *Géographie d'Eure-et Loir*

... Antes de intentar demostrar en el comienzo “De los tesoros de los Reyes”, por qué a mi parecer la Lectura no debe desempeñar en la vida el papel preponderante que le asigna Ruskin en esa obrita, debía poner fuera de toda duda las fascinantes lecturas de la infancia cuyo recuerdo debe ser para cada uno de nosotros una bendición. Sin duda he demostrado de sobra, por la longitud y la forma de exposición que precede, lo que había ya anunciado de ellas: que lo que dejan sobre todo en nosotros es la imagen de los lugares y los días en que las hicimos. No he podido librarme de su sortilegio: queriendo hablar de ellas, he hablado de cosas que nada tienen que ver con los libros porque no ha sido de ellos de lo que ellas me han hablado. Pero tal vez los recuerdos que uno tras otro me han restituido se habrán despertado también en el lector y le habrán conducido, demorándose por sendas floridas y apartadas, a recrear en su mente el acto psicológico original llamado *Lectura*, con fuerza suficiente como para poder seguir ahora, como si se las hiciera él mismo, las pocas reflexiones que me quedan por hacer.

Sabemos que “De los tesoros de los Reyes” es una conferencia sobre la lectura que Ruskin dio en el Ayuntamiento de Rusholme, cerca de Manchester, el 6 de diciembre de 1864 para contribuir a la creación de una biblioteca en el Instituto de Rusholme. El 14 de diciembre pronunciaba una segunda, “De los jardines de las Reinas”, sobre la función social de la mujer, para contribuir a fundar escuelas de Ancoats. “Durante todo aquel año de 1864, dice Collingwood en su admirable obra *Life and Work of Ruskin*, permaneció *at home*, y solo salía para hacer frecuentes visitas a Carlyle. Y cuando en diciembre dio en Manchester los cursos que, con el título de *Sésamo y lirios*, se convirtieron en su obra más popular³, se hace patente su buen estado de salud, tanto física como

3 Esta obra fue aumentada a continuación añadiendo a las dos primeras conferencias una tercera: *The Mystery: Of Life and its Arts*. Las ediciones populares continuaron limitándose a *De los tesoros de los Reyes* y *De los jardines de las Reinas* [...]. Exceptuando cuatro (Smith, Elder y C^o) las numerosas ediciones de *Sésamo y lirios* han aparecido todas en Georges Allen, el ilustre editor de toda la obra de Ruskin y director de la Ruskin House. La edición española de *Sésamo y lirios* contiene, en cambio, tanto la tercera conferencia *El misterio de la vida y sus artes* como el prefacio fechado en 1 de enero de 1871. (John Ruskin, *Sésamo y lirios: ensayos sociales*. Bueno Aires: Espasa Calpe, 1950. [Colección Austral, n.º 958]). (N. del T.)

intelectual, en la brillantez de colorido de su pensamiento. Podemos percibir el eco de sus conversaciones con Carlyle en el ideal heroico, aristocrático y estoico que propone y en la insistencia con la que plantea el valor de los libros y de las bibliotecas públicas. No hay que olvidar que Carlyle fue el fundador de la *London Library*...”

Para nosotros, que no pretendemos más que refutarla en sí misma, sin ocuparnos para nada de sus orígenes históricos, podemos resumir la tesis de Ruskin con bastante exactitud en estas palabras de Descartes: “la lectura de todos los buenos libros es como una conversación con los hombres más ilustres de otros siglos que fueron sus autores”. Ruskin tal vez no llegó a conocer este pensamiento, por lo demás un poco rancio del filósofo francés, pero es el mismo en realidad que encontramos por todas partes en su conferencia, teñido únicamente por un dorado apolíneo que hace derretirse las brumas inglesas, muy parecido a aquel cuya gloria ilumina los paisajes de su pintor favorito. “Suponiendo, dice, que tengamos voluntad e inteligencia para escoger bien a nuestros amigos, qué pocos de nosotros tienen la posibilidad de hacerlo, cuán limitada la esfera de elección. No podemos conocer a quien nos gustaría... Podemos, con mucha suerte, llegar a enterever a un gran poeta y escuchar el sonido de su voz, o hacer una pregunta a un científico que nos responderá amablemente. Podemos arrebatar diez minutos de conversación en el gabinete de un ministro, gozar una vez en la vida del privilegio de la mirada de una reina. Y a pesar de todo codiciamos estos azares fugaces, gastamos años de nuestra vida, nuestras pasiones y nuestras facultades en obtener poco menos que eso, mientras que, durante todo ese tiempo, hay una sociedad en todo momento a nuestro alcance, una sociedad de personas que hablarían con nosotros tanto como quisiésemos, sin importarles nuestro rango. Y esta sociedad, tan numerosa y tan educada que podemos tenerla esperando a nuestro lado todo un día —reyes y gobernantes suelen esperar pacientemente, no precisamente para conceder audiencia, sino para obtenerla— nunca vamos a buscarla en esas antecámaras sencillamente amuebladas que son los estantes de nuestras bibliotecas, jamás escuchamos una palabra de todo lo que podrían decirnos”⁴. “Tal vez me digáis, añade Ruskin, que si preferís hablar con seres vivos es porque podéis verles el rostro, etc.”, y refutando esta primera objeción, después una segunda, demuestra que la lectura es precisamente una conversación con hombres mucho más sabios y más interesantes que todos aquellos que podemos tener la ocasión de conocer en torno nuestro. He intentado demostrar en las notas que acompañan a este volumen, que la lectura no puede compararse sin más a una conversación, ya fuera esta con el más sabio de los hombres; que la diferencia esencial entre un libro y un amigo, no es su mayor o menor sapiencia, sino la manera en cómo se establece la comunicación con ellos, consistiendo la lectura para cada uno de nosotros, al revés de la conversación, en recibir comunicación de otro pensamiento

4 *Sésamo y lirios, De los tesoros de los reyes*, 6.

pero continuando solos, es decir, sin dejar de disfrutar de la capacidad intelectual de que se goza en la soledad y que la conversación disipa inmediatamente, conservando la posibilidad de la inspiración y toda la fecundidad del trabajo de la mente sobre sí misma. Si Ruskin hubiera sacado consecuencias de otras verdades que enuncia algunas páginas más adelante, es probable que hubiese llegado a una conclusión análoga a la mía. Pero evidentemente su propósito no era llegar hasta el fondo de la idea de *Lectura*. Para demostrarnos el valor de la lectura, no ha hecho más que contarnos una especie de hermoso mito platónico, con esa simplicidad con que los griegos nos han descubierto casi todas las ideas verdaderas, mientras dejaban a los escrúpulos modernos el trabajo de profundizarlas. Pero si yo creo que la lectura, en su esencia original, en ese milagro fecundo de una comunicación en el seno de la soledad, es algo más, algo distinto de lo que ha dicho Ruskin, no creo que a pesar de todo pueda reconocérsele en nuestra vida espiritual el papel preponderante que él parece asignarle.

Los límites de su papel derivan de la naturaleza de sus virtudes. Y estas virtudes, de nuevo será a las lecturas de infancia a las que interrogaré para saber en qué consisten. Aquel libro que me habéis visto leer hace un momento en un rincón junto al fuego en el comedor, en mi habitación, hundido en una butaca cubierta con orejas de ganchillo, y durante las dulces horas de la siesta bajo los avellanos y los majuelos del parque, donde todas las brisas de los campos infinitos venían de tan lejos a jugar silenciosamente junto a mí ofreciendo, sin decir palabra, a mi nariz distraída el perfume de los tréboles y las esparcetas, sobre los que mis ojos cansados se posaban a veces, aquel libro, puesto que aunque dirijáis vuestros ojos hacia él no podréis descifrar su título a veinte años de distancia, mi memoria, cuya vista es más apropiada a este género de percepciones, va a deciros cuál era: *Le Capitaine Fracasse*, de Théophile Gautier. Me gustaban sobre todo dos o tres frases que se me antojaban las más originales y las más bellas de toda la obra. Me parecía imposible que otro autor hubiera escrito nunca frases comparables a aquellas. Pero tenía la sensación de que su hermosura correspondía a una realidad de la que Théophile Gautier no nos dejaba entrever, una o dos veces por volumen, más que un pequeño resquicio. Y como yo pensaba que él la conocería sin duda toda entera, me habría gustado leer otros libros suyos donde todas las frases fueran tan bellas como aquellas y tuvieran por asunto temas sobre los que hubiera deseado saber su opinión. “La risa, por naturaleza, no es nunca cruel; distingue al hombre del animal y es, como consta en *La Odisea* de Homero, poeta grecisco, el atributo de los dioses inmortales y bienaventurados que ríen olímpicamente hasta saciarse durante sus ocios eternos”⁵. Esta frase me producía una auténtica em-

5 En realidad, esta frase no se encuentra, al menos con esta forma, en el *Capitaine Fracasse*. En lugar de “como consta en *La Odisea* de Homero, poeta grecisco” hay sencillamente “según Homero”. Pero como las expresiones “como consta en Homero”, “como consta en *La Odisea*”, que se encuentran por lo demás en la misma obra, me producían un placer equivalente, me he permitido, para que

briaguez. Tenía la sensación de estar asistiendo a una antigüedad maravillosa a través de aquella Edad Media que solo Gautier podía descubrirme. Aunque me hubiera gustado que en lugar de decir aquello furtivamente después de la fastidiosa descripción de un castillo, cuya excesiva abundancia de términos que yo no conocía impedía que pudiera hacerme una idea de él, hubiera escrito todo a lo largo del volumen frases de te tipo y me hablara de cosas que una vez terminado el libro yo pudiera continuar aprendiendo y amando. Me hubiera gustado que me dijese, él, el único sabio en posesión de la verdad, la opinión que debía tener de Shakespeare, de Saintine, de Sófocles, de Eurípides, de Silvio Pellico al que había leído durante un mes de marzo muy frío, paseando, pisando con fuerza, corriendo por los caminos, cada vez que cerraba el libro, con la exaltación de la lectura terminada, de las fuerzas acumuladas mientras había estado sin moverme, y del viento saludable que soplaba por las calles del pueblo. Me hubiera gustado sobre todo que me dijese si tendría más posibilidades de alcanzar la verdad repitiendo o no mi primer curso de bachillerato o haciéndome más tarde diplomático o abogado del Tribunal Supremo. Pero tan pronto como la bella frase acababa, se ponía a describir una mesa cubierta “de una capa tal de polvo, que se hubiera podido escribir sobre ella con un dedo”, cosa bastante insignificante para mí como para que pudiese siquiera prestarle atención; y no tenía más remedio que preguntarme qué otros libros había escrito Gautier que pudieran satisfacer mejor mi aspiración y me dieran a conocer por fin su pensamiento todo entero.

Y es esta, efectivamente, una de las grandes y maravillosas cualidades de los bellos libros (y que nos hará comprender el papel a la vez esencial y limitado que la lectura puede desempeñar en nuestra vida espiritual) algo que para el autor podrían llamarse “Conclusiones” y para el lector “Incitaciones”. Somos conscientes de que nuestra sabiduría empieza donde la de tal autor termina, y quisiéramos que nos diera respuestas cuando todo lo que puede hacer por nosotros es excitar nuestros deseos. Y esos deseos, él no puede despertarnoslos más que haciéndonos contemplar la suprema belleza que el último esfuerzo de su arte le ha permitido alcanzar. Pero por una singular ley, providencial por

el ejemplo fuese más llamativo para el lector, reunir todas estas perlas en una, puesto que hoy ya no siento por ellas, a decir verdad, ningún respeto religioso. Todavía en otras parte del *Capitaine Fracasse*, aparece Homero con el calificativo de poeta grecisco, y estoy seguro de que también esto me encantaba. A pesar de todo, ya no me siento capaz de encontrar con exactitud estas joyas olvidadas como para estar seguro de no haber cargado la nota y rebasado la medida al acumular en una sola frase tantas *maravillas*. No lo creo, sin embargo. Y pienso, lamentándolo, que la exaltación con la que repetía la frase del *Capitaine Fracasse* a los lirios y a las vincapervincas inclinados a la orilla del río, mientras daba alguna que otra patada a los guijarros de la avenida, habría sido más deliciosa todavía si hubiera podido encontrar en una sola frase de Gautier tantas maravillas como mi propio artificio reúne hoy día, sin conseguir, por cierto, producirme ya ningún placer.

añadidura, de la óptica de la mente (ley que significa tal vez que no podemos recibir la verdad de nadie y que debemos crearla nosotros mismos), aquello que es el término de su sabiduría no se nos presenta más que como el comienzo de la nuestra, de manera que cuando ya nos han dicho todo lo que podían decirnos surge en nosotros la sospecha de que todavía no nos han dicho nada. Por lo demás, si les planteamos cuestiones que no pueden resolver, les estamos pidiendo también respuestas que no nos aclararían nada. Pues no es más que una consecuencia del amor que los poetas despiertan en nosotros por lo que concedemos una importancia literal a cosas que no son para ellos más que la expresión de emociones personales. En cada cuadro que nos muestran, no parecen darnos más que una ligera idea de un paraje maravilloso, diferente del resto del mundo, y en cuyo secreto quisiéramos que nos hicieran penetrar. “Conducidnos”, nos gustaría poder decir al señor Maeterlinck, a Madame de Noailles, “al jardín de Zélende donde se cultivan flores de otras épocas”, por el sendero perfumado “de trébol y artemisa”, y a todos los lugares de la tierra de los que no habláis en vuestros libros, pero que en vuestra opinión sean de igual hermosura. Nos gustaría ir a ver ese campo que Millet (pues los pintores nos enseñan tanto como los poetas) nos muestra en su *Printemps*, nos gustaría que el señor Claude Monet nos condujese a Civerny, a orillas del Sena, a aquel recodo del río que nos deja distinguir apenas a través de la bruma matinal. Sin embargo, todas estas cosas no son en realidad más que simples azares de amistades o de parentesco que, proporcionándoles la ocasión de pasear o de residir junto a ellas, han hecho que Madame de Noailles, Maeterlinck, Millet, Claude Monet, escojan para sus cuadros aquel sendero, ese jardín, ese campo, aquel recodo de río, en lugar de cualquier otro. Lo que hace que a nuestros ojos parezcan distintos y más hermosos que el resto del mundo es que contienen, como un reflejo imperceptible, la impresión que han producido en el genio, la misma que veríamos vagar tan singular y despótica por la superficie indiferente y sumisa de cualquier paisaje que pintasen. Esta apariencia con la que nos seducen y nos decepcionan a la vez y que quisiéramos atravesar, es la esencia misma de esa cosa en cierto modo sin espesor —ilusión fijada sobre un lienzo—, que constituye una visión. Y aquella bruma que nuestros ojos ávidos quisieran penetrar es la última palabra del arte del pintor. El supremo esfuerzo del escritor como el del artista no alcanza más que a levantar parcialmente en nuestro honor el velo de miseria y de insignificancia que nos deja indiferentes ante el universo. En ese momento, es cuando nos dice:

Observa, observa
perfumados de trébol y artemisa,
ceñidos por angostos arroyos de aguas vivas,
los paisajes del Aisne y del Oise.

“Observa la casa de Zélende, rosa y brillante como una concha. ¡Observa! ¡Aprende a ver!” Y en ese mismo instante desaparece. Tal es el valor de la lectura y esta es también su insuficiencia. Es conceder un papel demasiado

grande a lo que no es más que una iniciación, erigirla en disciplina. La lectura se encuentra en el umbral de la vida espiritual; puede introducirnos; pero no la constituye.

Mientras la lectura sea para nosotros la iniciadora cuyas llaves mágicas nos abren en nuestro interior la puerta de estancias a las que no hubiéramos sabido llegar solos, su papel en nuestra vida es saludable. Se convierte en peligroso, por el contrario, cuando en lugar de despertarnos a la vida personal del espíritu, la lectura tiende a suplantarla, cuando la verdad ya no se nos presenta como un ideal que no esté a nuestro alcance por el progreso íntimo de nuestro pensamiento y el esfuerzo de nuestra voluntad, sino como algo material, abandonado entre las hojas de los libros como un fruto madurado por otros y que no tenemos más que molestarnos en tomarlo de los estantes de las bibliotecas para saborearlo a continuación pasivamente, en una perfecta armonía de cuerpo y mente. A veces incluso, en determinados casos algo excepcionales, aunque como vamos a ver, menos peligrosos, la verdad, concebida todavía como algo exterior; se encuentra lejos, oculta en algún lugar de difícil acceso. Se trata, entonces, de algún documento secreto, alguna correspondencia inédita, o unas memorias que pueden arrojar sobre determinados caracteres una luz inesperada, y de las que es difícil llegar a tener noticia. Qué felicidad, qué descanso para una mente fatigada de buscar la verdad en su interior, descubrir que se encuentra fuera de ella, entre las páginas de un infolio celosamente conservado en un convento de Holanda, y que si, para llegar hasta ella, hay que hacer un gran esfuerzo, este esfuerzo solo será material, y una distracción llena de encanto para el pensamiento. Sin duda, habrá que hacer un largo viaje, atravesar en chalana las llanuras azotadas por el viento, mientras en la orilla las cañas se cimbrean con un movimiento de ondulación continuo; habrá que detenerse en Dordrecht, que refleja su iglesia cubierta de hiedra en los almocárabes de los canales soñadores y en el Mosa agitado y dorado, donde al atardecer las embarcaciones turban al deslizarse los reflejos simétricos de los tejados rojos y del cielo azul; y por fin, llegados al término del viaje, todavía no estaremos seguros de poder tener acceso a la verdad. Para ello habrá que mover poderosas influencias, entablar amistad con el venerable Arzobispo de Utrecht, de hermoso rostro cuadrado de viejo jansenista, y con el devoto guardián de los archivos de Amersfoort. La conquista de la verdad se concibe en estos casos como el éxito de una especie de misión diplomática, donde no faltan ni los accidentes de viaje, ni los azares de la negociación. Pero ¿qué importa? Todos los miembros de la vieja y pequeña iglesia de Utrecht, de cuya buena voluntad depende que entremos en posesión de la verdad, son gentes encantadoras, cuyos rostros del siglo xvii son completamente distintos de los que estamos habituados a ver, y con los que será muy agradable conservar alguna relación, al menos por correspondencia. La estima de la que continuarán dándonos, de cuando en cuando, testimonio nos reconfortará y conservaremos sus cartas como si se tratara de documentos preciosos o piezas de coleccionista. Y no dejaremos de dedicarles un día uno de nuestros libros, que es lo menos que puede hacerse por aquellas personas que os han hecho el don... de la verdad.

Y por lo que respecta a las investigaciones, a los pequeños trabajos que no tendremos más remedio que hacer en la biblioteca del convento y que serán los preliminares indispensables al acto de toma de posesión de la verdad —de la verdad que para mayor seguridad y para evitar el riesgo de perderla, tomaremos en nota— seríamos muy ingratos si nos quejáramos de las molestias que han podido ocasionarnos: la calma y la austeridad del viejo convento son tan exquisitas, donde las religiones llevan todavía el puntiagudo capirote de alas blancas con el que aparecen representadas en el Roger Van der Weyden del locutorio; y, mientras trabajamos, los carillones del siglo xvii adormecen con tanta ternura las aguas puras del canal, que basta un tenue rayo de sol para hacerlas titilar entre la doble hilera de árboles desnudos desde finales del verano, que rozan lo espejos colgados en las casas de aguilonos de ambas orillas⁶.

Este concepto de una verdad sorda a las llamadas de la reflexión y dócil al juego de las influencias, de una verdad que se obtiene con cartas de recomendación, que os la pone en las manos alguien que la poseía materialmente sin tal vez llegar siquiera a conocerla, de una verdad que se deja copiar en un cuaderno, este concepto de la verdad está lejos, sin embargo, de ser el más peligroso de todos. Pues muy a menudo para el historiador, incluso para el erudito, esta verdad que van a buscar lejos en un libro, es menos, propiamente hablando, la verdad misma, que su indicio o su prueba, dejando por consiguiente lugar a una verdad distinta que no hace más que anunciar o verificar y que, esta sí, es al menos una creación individual de su mente. No sucede lo mismo con el ilustrado. Este, lee por leer, para recordar lo que ha leído. Para él el libro no es el ángel que levanta el vuelo tan pronto como nos ha abierto las puertas del jardín celestial, sino un ídolo petrificado, al que adora por él mismo, y que, en lugar de dignificarse por los pensamientos que despierta, transmite una digni-

6 No necesito decir que sería inútil ir a buscar este convento cerca de Utrecht y que todo este pasaje es puramente imaginativo; sin embargo, me lo han sugerido las líneas siguientes que el señor León Séché escribe en su obra sobre Sainte-Beuve: “Se le ocurrió un día (a Sainte-Beuve), mientras estaba en Liège, tomar contacto con la pequeña iglesia de Utrecht. Era un poco tarde, pero Utrecht se encontraba muy lejos de París y no sé si *Volupté* habría bastado para abrirle de par en par los archivos de Amersfoort. Me extrañaría que así fuera, pues incluso después de los primeros volúmenes de su *Port-Royal*, el piadoso sabio que tenía entonces la custodia de estos archivos, etc. Sainte-Beuve obtuvo con dificultad del bueno del señor Karsten el permiso de hojear apenas algunos legajos... Abrid la segunda edición de *Port-Royal* y podréis leer las palabras de agradecimiento que Sainte-Beuve dedica al señor Karsten” (León Séché, *Sainte-Beuve*, tomo 1, página 229 y siguientes) por lo que respecta a los detalles del viaje, se apoyan todos en impresiones verdaderas. No sé si se pasa por Dordrecht para ir a Utrecht, pero es tal y como yo la he visto como he descrito Dordrecht. No ha sido yendo a Utrecht, sino a Vollandam, cuando viajé en chalana por entre las cañas. El canal que yo he situado en Utrecht está en Delft. He visto en el hospital de Beaune un Van der Weyden con unas religiosa de una orden, originaria creo de Flandes, que llevan todavía el mismo tocado, no el mismo que en Roger Van der Weyden, pero sí que en otros cuadros que he visto en Holanda.

dad falsa a todo lo que le rodea. El ilustrado cita sonriendo tal o cual nombre que encuentra en Villehardouin o en Boccaccio⁷, tal o cual costumbre descrita en Virgilio. Su mente, carente de actividad original, no sabe extraer de los libros la substancia que podría fortalecerla; carga con ellos íntegramente, y en lugar de contener para él algún elemento asimilable, algún germen de vida, no son más que un cuerpo extraño, un germen de muerte. No es necesario decir que si califico de malsano este gusto, esta especie de respeto fetichista por los libros, es en tanto que constituiría los hábitos ideales de una mente sin tacha que no existe, lo mismo que hacen los fisiólogos al describir el funcionamiento de órganos normales, pero que no puede darse nunca en los seres vivos. En la realidad, por el contrario, donde hay tan pocas mentes perfectas como cuerpos enteramente sanos, aquellos a los que llamamos las mentes preclaras están tan contagiados como los demás de esta “enfermedad literaria”. Más todavía, podríamos decir. Parece que la afición por los libros crece con la inteligencia, un poco por debajo de ella, pero en el mismo tallo; como toda pasión, está ligada a una predilección por todo aquello que rodea su objeto, que tiene alguna relación con él y se comunica con él incluso en su ausencia. Del mismo modo, los gran de escritores, durante el tiempo en que no están en comunicación directa con el pensamiento, se sienten a gusto en la sociedad de los libros. Después de todo, ¿acaso no han sido escritos para ello?, ¿no les descubren mil atractivos que permanecen ocultos para el resto de los mortales? A decir verdad, el hecho que las mentes superiores sean librecas, como suele decirse, no prueba en absoluto que esto no constituya un defecto del ser... Del hecho de que los, hombres mediocres sea a menudo trabajadores y los inteligentes a menudo perezosos, no puede deducirse que el trabajo no sea para la mente una mejor disciplina que la pereza. A pesar de todo, descubrir en un gran hombre uno de nuestros defectos nos inclina siempre a preguntarnos si no se trataría en el fondo de alguna cualidad desconocida, y no sin placer nos enteramos de que Hugo se sabía a Quinto-Curcio, Tácito y Justino de memoria, que era capaz, si alguien le discutía de la legitimidad de un término⁸, de establecer su filiación remontándose a su origen, con la ayuda de citas que demostraban una auténtica erudición. (Ya he probado en otro lugar cómo en él esta erudición alimentaba al genio en vez de ahogarlo, lo mismo que un haz de leña apaga un fuego pequeño y aviva uno grande). Maeterlinck, que es para nosotros todo lo contrario de un ilustrado, y cuya mente está siempre abierta a las mil emo-

7 El esnobismo puro es más inocente. Gustar de la compañía de alguien porque tuvo un antepasado que participó en las cruzadas es vanidad, la inteligencia no tiene nada que ver en esto. Pero gustar de la compañía de alguien porque el nombre de su abuelo aparece a menudo en Alfred de Vigny o en Chateaubriand, o (seducción verdaderamente irresistible para mí, lo confieso) tener el escudo de familia (aludo ahora a una mujer digna de ser admirada sin necesidad de esto) en el gran Rosetón de Notre-Dame de Amiens, esto sí que es el comienzo del pecado intelectual. Todo esto lo he analizado extensamente en otro lugar, aunque me quede todavía mucho por decir, y no necesito insistir más aquí.

8 Paul Stapfer: *Souvenirs sur Victor Hugo*, publicados en *La Revue de Paris*.

ciones anónimas que puedan provocarle una colmena, un macizo de flores o un pastizal, nos previene contra los peligros de la erudición, a veces incluso de la bibliofilia, cuando no describe, como buen aficionado, los grabados que embellecen una edición antigua de Jacob Cats o del ábate Sandrus. Estos peligros, por lo demás, cuando existen, amenazan mucho menos a la inteligencia que a la sensibilidad, siendo la capacidad de lectura provechosa, por decirlo de algún modo, mucho mayor entre los pensadores que entre los escritores de imaginación. Schopenhauer, por ejemplo, nos ofrece la imagen de una mente cuya vitalidad soporta sin esfuerzo aparente una enorme cantidad de lectura, reduciendo inmediatamente cada nuevo conocimiento a la parte de realidad, a la porción viva que contiene.

Si la afición por los libros crece con la inteligencia, sus peligros, ya lo hemos visto, disminuyen con ella. Una mente original sabe subordinar la lectura a su actividad personal. No es para ella más que la más noble de las distracciones, la más ennoblecedora, sobre todo, ya que únicamente la lectura y la sabiduría proporcionan los “buenos modales” de la inteligencia. La fuerza de nuestra sensibilidad y de nuestra inteligencia solo podemos desarrollarla en nosotros mismos, en las profundidades de nuestra vida espiritual. Pero es en esa relación contractual con otras mentes que es la lectura, donde se forja la educación de los “modales” de la inteligencia. Los ilustrados siguen siendo, a pesar de todo, como las personas de calidad de la inteligencia, e ignorar determinado libro, determinada particularidad de la ciencia literaria, seguirá siendo, incluso en un hombre de talento, una señal de vulgaridad intelectual. La distinción y la nobleza consistenten, también en el orden del pensamiento, en una especie de francmasonería de las costumbres y en una herencia de tradiciones⁹.

Muy pronto en esta afición y este entretenimiento de leer, la preferencia de los grandes escritores recae en los libros antiguos. Aquellos mismos que parecieron a sus contemporáneos los más “románticos”, no leían otra cosa que a los clásicos. En la conversación de Victor Hugo, cuando habla de sus lecturas, son los nombres de Molière, de Horacio, de Ovidio, de Regnard, los que se citan más menudo. Alphonse Daudet, el menos libresco de los escritores cuya obra plena de modernidad y vitalismo parece haber rechazado toda herencia clásica, leía, citaba, comentaba continuamente a Pascal, Montaigne, Diderot, Tácito¹⁰. Casi podría decirse, resucitando quizá con esta interpretación, por lo

9 La verdadera distinción, por lo demás, aparenta siempre dirigirse a las personas distinguidas que tienen las mismas costumbres, y no necesita de más “explicaciones”. Un libro de Anatole France da por sobreentendidos un gran número de conocimientos ruditos, encierra continuas alusiones que la mayoría de la gente es incapaz de percibir y en las que consiste, aparte de sus otras virtudes, su incomparable nobleza.

10 Sin duda es por esta razón por la que cuando un gran escritor se dedica a la crítica, generalmente habla mucho de ediciones de obras antiguas, y muy poco de libros contemporáneos. Ejemplo los Lundis de Sainte-Beuve y a *Vie littéraire* de Anatole France. Pero mientras que el señor Anatole France juzga a la

demás parcial, la vieja distinción entre clásicos y románticos, que son los públicos (los públicos inteligentes, por supuesto) los que son románticos, mientras que los maestros (incluso los maestros llamados románticos, los maestros preferidos de los públicos románticos) son los clásicos. (Observación esta que puede hacerse extensiva a toda las artes. El público va a escuchar la música del señor Vincent d'Indy, el señor Vincent d'Indy estudia la de Monsigny¹¹. El público va a exposiciones del señor Vuillard y del señor Maurice Denis mientras estos van al Louvre). Esto se debe sin duda a que ese pensamiento contemporáneo, que los escritores y los artistas originales hacen accesible y deseable al público, forma en cierta medida de tal manera parte de ellos mismos, que un pensamiento diferente les seduce más, les exige, para entenderlo, un mayor esfuerzo, y les proporciona también un mayor placer. Cuando uno lee, a uno le gusta siempre salirse de sí mismo, viajar.

perfección a sus contemporáneos, podría decirse que Sainte-Beuve ha ignorado a todos los grandes escritores de su tiempo. Y que no se diga que le cegaban sus antipatías personales. Después de haber rebajado increíblemente al novelista en Stendhal, elogia, a modo de compensación, la modestia, la conducta ejemplar del hombre, como si no hubiera nada más favorable que decir de él. Esta ceguera de Sainte-Beuve en lo que concierne a su época, contrasta singularmente con sus pretensiones de clarividencia, de adivinación. “Cualquier persona se atreva a opinar sobre Racine y Bossuet, dice en *Chateaubriand et son groupe littéraire...* Pero la sagacidad del juez, la perspicacia del crítico, se demuestra sobre todo en los escritos nuevos que no se han sometido todavía a la prueba del público. Juzgar a primera vista, adivinar, anticipar, ese es el don crítico. ¡Qué poco lo poseen!”

11 Y, recíprocamente, los clásicos no tienen mejores comentaristas que los “románticos”. Efectivamente, solo los románticos saben leer las obras clásicas, porque las leen tal y como han sido escritas, románticamente, porque para leer bien a un poeta o a un prosista, hay que ser uno mismo, ya no erudito, sino poeta o prosista. Esto es válido para las obras menos “románticas” de todas. Los hermosos versos de Boileau, no han sido los profesores de retórica los que nos han hecho reparar en ellos, sino Víctor Hugo:

“Y en cuatro pañuelos de su hermosura impuros.
Envía al lavadero sus rocas y sus lirios”.

si no el señor Anatole France:

“La ignorancia y errores de sus primeras piezas.
Con trajes de marqueses, con galas de condesas”.

El último número de *La Renaissance latine* (15 de mayo de 1905), me permite, en el momento en que corrijo estas pruebas, extender con un nuevo ejemplo esta observación a las bellas artes, pues nos presenta precisamente la señor Rodin (véase el artículo del señor Mauclair), como el verdadero comentarista de la escultura griega

Pero hay otra causa a la que prefiero, para terminar, atribuir esta predilección que sienten las mentes privilegiadas por las obras antiguas¹². Y la razón es que no contienen únicamente a nuestros ojos, como la obras contemporáneas, la belleza que supo poner en ella el espíritu que las creó. Contienen otra más enternecedora todavía, pues la materia de que están hechas, quiero decir la lengua en que fueron escritas, es como un espejo de la vida. Un poco de la dicha que experimentamos al pasear por una ciudad como Beaune, que conserva intacto su hospital del siglo xv, con su pozo, su lavadero, su bóveda de madera artesonada y pintada, su tejado de altos aguilonos horadados por lucarnas y rematados por estilizadas espigas de plomo repujado (todas estas cosas que una época al desaparecer ha dejado como olvidadas allí, cosas que fueron exclusivamente suyas, puesto que ninguna de las épocas que han venido después ha producido cosas parecidas), se siente todavía un poco de esa dicha repasando una tragedia de Racine o un volumen de Saint-Simon: pues contienen todas la formas exquisitas del lenguaje abolidas, que conservan el recuerdo de usos o maneras de sentir que ya no existen, huellas persistentes del pasado al que nada del presente puede compararse y a las que el paso del tiempo ha embellecido todavía más su a pecto.

12 Predilección que ellos mismos creen por lo general fortuita; suponen que los libros más hermosos casualmente han sido escritos por autores antiguos; y sin duda esto es posible, ya que los libros antiguos que leemos son los que han sobrevivido del pasado. Un tiempo inconmensurable comparado con la época contemporánea. Pero una razón en cierto modo accidental no puede bastar para explicar una actitud mental tan general.



La preparación editorial de *Cuadernos de la Lectio* estuvo a cargo de la Coordinación Editorial de la Universidad Central.

En la composición del texto se utilizaron fuentes Adobe Garamond Pro, Calibri y Bell Gothic Std.
Se imprimió en los talleres gráficos de Nuevas Ediciones, en noviembre de 2016, en la ciudad de Bogotá.



Marcel Proust (1871-1922), novelista, ensayista y crítico francés.
Célebre por ser el autor de una de las obras cumbres
de la narrativa universal de principios del siglo xx,
la novela, en siete volúmenes, *En busca del tiempo perdido*.
(Fotografía tomada de www.fb.no/)